

debe apreciar la crítica que hacen de la guerra los literatos. En el fondo no prueba gran cosa. ¿Qué significa la pequeñez del hombre, ni la vanidad de todas sus empresas? ¿Qué prueba esto contra la guerra? Pascal, que tanto empeño ha puesto en atacarla, destruye con una sola palabra todo lo que se dice contra ella; si el hombre no es más que una frágil caña, es una caña que piensa. El pensamiento da grandeza á todo lo que hace, bueno ó malo. Esto es lo que se puede responder á Labruyère. Pero sus ataques, lo mismo que los de Boileau y Pascal, tuvieron sin embargo gran acogida. ¿Cómo tomar en serio la gloria de los héroes, cuando se los representa bajo la forma de gatos que mayan y se arañan? Estas sátiras eran necesarias para combatir la manía de la guerra en una nación como aquella. En tiempo de Labruyère aquella pasión conservaba todavía toda su fuerza. Hasta el pacífico pueblo «llevaba con impaciencia, dice el moralista, que no chocasen los ejércitos en campaña, ó, si chocaban, que el combate no fuese sangriento, y que quedasen en el campo ménos de diez mil hombres.»

Luis XIV curó por algun tiempo á la Francia de aquella locura. A fuerza de victorias la Francia se extenuó y se encontró al borde del abismo. Los Franceses pudieron entonces apreciar la verdad de las palabras de Labruyère: «¿De qué sirve para el bien de los pueblos y para la felicidad de su vida, que el príncipe ensanche los límites de su imperio más allá de las tierras de sus enemigos, que convierta sus soberanías en provincias de su reino, que las naciones se llamen unas á otras, y se unan para defenderse y contenerlo, y que se unan en vano y que él continúe su marcha triunfal?» La crítica va directamente á Luis XIV; es admirable por su buen sentido y por su valor. Hoy sabemos para qué han servido aquellas conquistas. Ya cuando Labruyère escribía, reinaba la miseria en aquella Francia tan envanecida con su gran rey. No se puede leer sin profunda compasión el cuadro que traza el moralista de la población de los campos: «Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, diseminados por los campos, negros, lívidos, pegados á la tierra en la que escarban removiéndola con invencible tenacidad; tienen como una voz articulada, y cuando se levantan sobre sus piés, presentan un rostro humano;

y efectivamente son hombres; se retiran por la noche á sus chozas, en donde viven de pan negro, de agua y de raíces; evitan á los demas el trabajo de sembrar, de trabajar y de hacer la recolección para vivir, y en recompensa no comen el pan que han sembrado.» La piedad se convierte en cólera cuando se considera que aquel embrutecimiento de las criaturas de Dios es debido á la ambición egoísta de un hombre y á su estúpido despotismo. Se comprende que aquellos desgraciados se hayan levantado un siglo más tarde clamando ¡venganza! ¡venganza!

### § III.—La religion.

#### N.º 1.—Bossuet.

Nunca fué más brillante la literatura religiosa que en tiempo de Luis XIV. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y sus ideas respecto de las guerras incesantes del gran rey? Hay dos tendencias en el cristianismo; una que recuerda la ley antigua, otra que procede del Evangelio. La primera ve en la religion revelada una ley formulada en textos, é inmutable como la letra escrita. La otra se inspira en la caridad de Cristo más bien que en una Escritura; comprende la religion como una palabra viva, y quien dice vida, dice movimiento y progreso. Bossuet es el representante de la Biblia, Fenelon es el órgano del Evangelio. En este sentido puede decirse que el obispo de Meaux es más católico que el arzobispo de Cambrai, áun cuando el uno sea galicano y el otro ultramontano. Bossuet nos dirá la última palabra del catolicismo sobre el derecho de guerra. Fenelon nos enseñará lo que podemos esperar de la inspiración evangélica.

Cristianos muy sinceros, espíritus eminentes han puesto en duda la legitimidad de la guerra. Bossuet no menciona siquiera esta opinión, ni mucho ménos entra á discutirla. El se satisface con la ley de Moisés. ¿Cómo es posible sostener que la guerra es ilegítima, cuando se ve que Dios mismo ordena á los Judíos la guerra llamada sagrada? (1). Una guerra á muerte, dice Bos-

(1) Leemos en la Sagrada Escritura: «*Destruidis en vuestro camino á vária*



suet, á sangre y fuego, irreconciliable, ordenada al pueblo de Dios. Hé aquí por qué Saul es castigado sin misericordia, por haber perdonado á uno de los pueblos malditos por Dios» (1). Bossuet no pregunta si Dios puede en algun caso prohibir la piedad, si puede alguna vez ordenar el exterminio, si puede castigar la misericordia practicada con los vencidos, como el mayor de los crímenes. Esto está escrito, luego es así; la razon tiene que callarse, lo mismo que el corazon. ¿No tienen razon los protestantes al decir que la religion romana tiene algo del paganismo romano? Los feciales razonaban poco más ó ménos como Bossuet.

Dios no ordena ya guerras de exterminio, y es una fortuna, porque siempre hay fanáticos que recibirian con gusto semejante orden. ¿Qué puede decirse de las guerras que Dios no ordena? Bossuet responde: « Hay otros motivos justos para hacer la guerra, los actos de hostilidad injustos, la negativa de paso pedido en condiciones razonables, el derecho de gentes violado en la persona de los embajadores. » Esta proposicion viene apoyada en testimonios sacados de la Escritura. Pero hay tambien una Escritura que impone como una ley á los cristianos la obligacion de volver bien por mal, que les prohíbe hasta pedir justicia contra el agresor ó el espoliador. ¿Como concilia Bossuet la moral evangélica con la política judía? Jesucristo dice que al que nos dé un bofetón en la mejilla izquierda se le debe presentar la derecha; quiere que al que nos quite la capa le demos ademas la túnica; ¡y en presencia de estos mandamientos emanados del Hijo de Dios, se declara legítima la muerte, la destruccion de un pueblo, porque nos niega el paso! Decididamente los católicos incurren en un error adorando á Jesus. Su Dios no es Cristo, sino el Dios de los Judíos, el que se llama Dios de los ejércitos, el que dictó á Bossuet estas palabras que Jesucristo veria con admiracion en boca de sus discípulos: *La guerra no solamente es legítima, sino tambien piadosa y santa* (2). Nosotros no conocemos más que una guerra piado-

*naciones. Dios las ha puesto en vuestras manos, á fin de que las exterminéis de la faz de la tierra. No celebraréis jamas con ellas tratado alguno ni les tendréis nunca piedad. »*

(1) *Política sacada de la Escritura*, lib. IX, art. 1.

(2) *Política sacada de la Escritura*, lib. IX, art. 4.

sa y santa, la que hace un pueblo por su independencía y su libertad, y dudamos mucho que ésta hubiese merecido la aprobacion de Bossuet.

Si la guerra es piadosa y santa, porque la consagra la Biblia, la conquista debe tambien ser legítima. No es posible negarlo, dice Bossuet, sin atacar los libros sagrados. Acrimina al ministro Jurieu porque desprecia el derecho de conquista hasta el punto de decir que toda conquista es una violencia. Y ¿en qué funda Bossuet su pretendido derecho? En el poder que da la guerra al vencedor, poder absoluto, tal cual lo practicaban los antiguos: « Si el derecho de servidumbre es verdadero, porque es el derecho del vencedor sobre el vencido, como todo un pueblo puede ser vencido hasta verse precisado á rendirse á discrecion, todo un pueblo puede ser siervo; de modo que su señor puede disponer de él como de su hacienda. » Luégo vienen los testimonios de la Biblia. Condenar el derecho de conquista sería condenar á todos los héroes del pueblo de Dios, empezando por Jacob que da á José todo lo que ha conquistado con su arco y su espada. Bossuet considera esta opinion como una *extravagancia*.

Si hay alguna doctrina extravagante, es la que santifica todas las barbaries de un pequeño pueblo de la Palestina, porque aquellas barbaries están consignadas en un libro llamado sagrado. ¡La iniquidad de las iniquidades, la esclavitud es legítima, ¿qué digo? es piadosa y santa, lo mismo que la guerra, porque la nacion judáica reducía á servidumbre á los vencidos! ¡Y aquel crimen del mundo antiguo se convierte en fundamento de un derecho, la conquista! La conquista basada en la esclavitud, no tiene nada que extrañe á la elevada razon de Bossuet; tiene á su favor la autoridad de la Biblia, por lo cual no quiere que los que creen en la revelacion puedan no admitir el derecho de conquista (1). Sin embargo, Bossuet mismo retrocede ante las consecuencias de una doctrina que tiende á legitimar todos los abusos de la fuerza. En la *Política sacada de la Escritura* confiesa que el derecho de conquista comienza por la fuerza; pero exige que vaya seguido de un consentimiento del pueblo conquistado, de suerte, dice, que este

(1) *Quinta advertencia sobre las cartas de Jurieu*, t. XI, p. 155.



derecho se reduce, por decirlo así, al derecho comun y natural (1). Apúrese este razonamiento y se vendrá á parar á la negacion del derecho de conquista. Si este derecho existe, no tiene más origen que el poder absoluto del vencedor; pedir el consentimiento del pueblo conquistado, es suponer que el vencedor no tiene este poder absoluto; por consiguiente no hay derecho de conquista, como no hay esclavitud legítima. ¿Se dirá tal vez que la esclavitud puede ser justa por el consentimiento del esclavo? ¡Esto si que podria llamarse *extravagancia!*

La Biblia, que sirve á Bossuet para autorizar la esclavitud y la conquista, presenta tambien otras enseñanzas. Si en lugar de fijarse en los hechos, hubiera meditado los profetas el ilustre escritor, hubiera encontrado muy distintas aspiraciones (2). Bossuet desatiende la parte ideal de la tradicion judía y se atiene á la historia. Aun en este terreno hay en la historia máximas que hacen singular contraste con la doctrina que acabamos de exponer. Dios no quiere que David le construya un templo, «porque ha derramado mucha sangre y ha emprendido muchas guerras.» Escuchemos el comentario de Bossuet: «Dios no quiere recibir el templo de una mano sangrienta. David era un santo rey y modelo de príncipes. Nunca habia derramado más que sangre de infieles en las guerras llamadas guerras del Señor. Pero basta con que fuese sangre humana para hacerle aparecer como indigno de presentar un templo al Señor, autor y protector de la vida humana. Dios escogió á Salomon para construir el templo. El título que le da es el de pacífico.» ¿Cuál es la consecuencia? «En definitiva, Dios no gusta de la guerra y prefiere los pacíficos á los guerreros.» Bossuet hubiera debido decir que Dios reprueba la guerra al rechazar

(1) *Política*, lib. II, art. 2.

(2) Los profetas tienen en poco á los conquistadores. Entre otras mil pruebas, citaremos una referida por el mismo Bossuet. Habla Isaías: «¿Cómo habeis caído, astro hermoso, que brillabais en el cielo como la estrella de la mañana? Aterrabais á las naciones y deciais en vuestro corazón: volaré sobre las nubes y seré semejante al Altísimo. Y ahora os veo hundido en los infiernos, y los que os vean se inclinarán para contemplaros en aquel antro, y dirán al miraros: ¿No es ése aquel que turbaba la tierra, que ha conmovido los reinos, que ha convertido el mundo en un desierto, que ha asolado las ciudades y encerrado en calabozos sus cautivos?»

el ofrecimiento de David, su rey favorito, por el mero hecho de haber derramado sangre humana. Pero si Dios reprueba la guerra, ¿cómo puede ésta ser *piadosa y santa?*

Bossuet tiene respuesta para esta pregunta. Sigue siempre en el orden de ideas de la ley antigua: «Considérese, dice en su magnífico lenguaje, los Césares y Alejandro, y todos esos otros devastadores de provincias, que llamamos conquistadores; *Dios en su furor los envia á la tierra*. Esos bravos, esos triunfadores, no vienen á este mundo más que á turbar su paz con su ambicion desmesurada» (1). ¿Qué Dios es ése que envia á los conquistadores para arruinar á las naciones y desolar el mundo? Es el Dios vengador de la Biblia: «Cuando dos grandes pueblos se hacen la guerra, seguramente Dios quiere vengarse de uno de ellos, y frecuentemente de ambos. Dios castiga á unos por medio de los otros, y muchas veces castiga á aquéllos por medio de los cuales castiga á los otros» (2).

De suerte que los hombres son á la vez verdugos y víctimas entre sí. ¿Es éste el Dios del Evangelio? Si oponemos el Evangelio á la Biblia, no es porque la perfeccion evangélica sea nuestro ideal. En el exceso de su espiritualismo, Jesucristo olvida el derecho para absorberlo todo en la caridad. La abnegacion que predica es inconciliable con las condiciones de la vida. Lógicamente conduciría á abdicar el derecho de la conservacion. Siendo imposible que todos los hombres estén animados de esta caridad sobrehumana, ¿qué resultado daría el sacrificio de la personalidad que Cristo recomienda á sus discípulos? La sumision de los débiles á los abusos de la fuerza. El catolicismo no podia aceptar semejante moral ni semejante política. Esta es la razon profunda por la cual la Iglesia se inclinó á la ley antigua. Hay un elemento legítimo en este regreso á una ley que estaba hecha para dirigir la vida de este mundo. Pero atendiendo demasiado á la realidad, la Iglesia perdió de vista el ideal. Llegó hasta erigir en teoría, hasta santificar los más groseros excesos de la violencia, porque estaban consignados en

(1) BOSSUET, *Sermon de la Circuncion de Nuestro Señor* (t. V, p. 258).

(2) IDEM, *Sermon* (t. VI, p. 832).



una escritura considerada como sagrada. Esta es la falta que censuramos á Bossuet.

Pero por más que los hombres se acojan á un texto y lo veneren como la expresion inmutable de la verdad, se ven arrastrados á su pesar por la ley que domina todo lo que tiene vida, el progreso. Hay en Bossuet, por muy católico, por muy judío, digámoslo así, que sea, sentimientos que pertenecen al siglo XVIII más bien que á la ley antigua. Hemos señalado la contradicción entre su teoría de la conquista y la verdadera teoría de la fuerza, que es la de la antigüedad. Se le ha censurado el no haber hecho oír la voz de la verdad á Luis XIV. En la *Política sacada de la Escritura* encontramos el retrato de un conquistador injusto, que parece hecho del natural, segun se parece al modelo que Bossuet tenía á la vista: «En cuanto ha subyugado á un enemigo poderoso, ya cree que todo es suyo. No habla de atacar, cree tener un derecho legítimo sobre todos. Como es el más fuerte, no se considera como agresor, y llama defensa el proyecto de invadir las tierras de los pueblos libres. Como si fuese una rebelion el conservar su libertad contra su ambicion, no habla más que de venganza, y las guerras que emprende no le parecen más que un justo castigo de los rebeldes.» Este orgullo insultante era precisamente el de Luis XIV, y cuando llamaba rebeldes á los Holandeses, hacía precisamente lo que Bossuet dice de su conquistador injusto. Hé aquí, pues, el gran rey condenado por aquel mismo que era idólatra del poder real. El buen sentido del genio triunfaba de las creencias del obispo.

N.º 2. — *Fenelon.*

Despues de la muerte de Luis XIV se imprimió el *Telemaco* á expensas del Estado. ¿Por qué se concedió á un libro tan extraordinario honor? Porque se esperaba que de él iba á nacer la felicidad del género humano; M. de Caylus escribía que esperaba la edad de oro. Segun los testimonios de la posteridad, se creeria que Fenelon fué el revelador de un nuevo evangelio político. *Montesquieu* llama al *Telemaco* el libro divino del siglo. *Vauvenargues* hace del arzobispo de Cambrai el órgano y el defensor de las nacio-

nes oprimidas. Los hombres de todos los partidos, de todas las escuelas, rivalizan en elogios. Se comprende que *Ballanche*, alma poética y contemplativa, haya tomado la defensa de Fenelon contra Luis XIV: «Es el profeta del porvenir», dice. El conde de *Maistre* no es de la familia de los Ballanche; sin embargo, su admiracion hácia el autor del *Telemaco* es igualmente grande, ibamos á decir excesiva: «¿Se quiere figurar la grandeza ideal? pues trátese de imaginar algo superior á Fenelon, y no se conseguirá.» Los escritores alemanes, áun cuando simpaticen poco con las opiniones ultramontanas del arzobispo de Cambrai, exceden, si es posible, en admiracion á los Franceses. *Herder* le llama un genio celeste, canonizado por la humanidad á falta de la Iglesia. *Juan Pablo*, en su misticismo poético, dice que Fenelon es á la vez niño, mujer, hombre y ángel.

Fenelon es el hombre del ideal, de la poesía, del porvenir. Falta saber si, al idealizar, se ha mantenido en los límites de lo posible. No le consideraremos más que en la esfera del derecho de gentes. En este terreno, más aún que en su política interior, Fenelon procede del cristianismo. La ley de caridad domina las relaciones de los pueblos así como las de los particulares: «Dios ha puesto los hombres en una sociedad en la cual deben amarse y socorrerse, como los hijos de una familia que tienen un padre comun. Cada nacion no es más que una rama de esta familia numerosa propagada sobre la haz de la tierra. El amor de este padre comun debe ser sensible, manifesto, y dominar inviolablemente en toda esta sociedad de sus hijos queridos» (1). Aplicada á las relaciones internacionales, la ley de la caridad toma el nombre de paz. En la Bética, esa utopia de Fenelon, la paz es inalterable. Pero ¡cosa notable! para imaginar una paz perpétua, el autor del *Telemaco* no encuentra más medio que destruir la propiedad individual, es decir, que borra la expresion más enérgica de la individualidad humana. Es la exageracion de la caridad cristiana, por mejor decir, es la caridad, tal como la han entendido siempre los verdaderos discípulos de Cristo: «todos los bienes son comunes entre los habitantes de la Bética. Así es que no tienen intereses que defender unos contra

(1) FENELON, *Carta sobre la religion*, c. 3.